

Las ocho de la Luna

Alba Campos Tendero 4ºC

Olvidar la primera vez que bailas en un escenario no es posible para una bailarina. Al principio sientes nervios e incluso algunas tienen pánico, pero una vez te encuentras situada en el medio del escenario, con la visión emborronada gracias al gran foco de luz que te golpea o acaricia, incluso porque aun siendo muy potente te hace sentir como en casa, todos los nervios se van. Se parece a una noche estrellada donde prevalece ante todo la luna que ilumina un oscuro y solitario pueblo perdido en la montaña o como el sol abrasador de la playa, ese que solo disfrutas una vez al año en vacaciones y sabes que incluso sin hacer nada extraordinario tendrás un grandioso día por el simple hecho de estar de vacaciones. Esas sensaciones que no tienen relación aparente es lo que Amaia sentía al tener ese gran foco en la cara.

Amaia Casas llevaba bailando desde que tenía memoria y no había nada más en el mundo que le gustara ni un cuarto que bailar. No es por tirarle flores, pero era excelente; ella era el retrato de la perfección. *Doña Perfecta*, la llamaban en su casa, e incluso, a veces, se burlaban por el exceso de necesidad que Amaia tenía de hacerlo todo como debía ser.

A parte del excesivo entrenamiento diario, ella tenía algo que no puedes conseguir ni con dinero ni tiempo: pasión.

En el pueblo de Amaia, escondido en Palencia, no tenía posibilidad de conseguir la formación que su alto nivel requería. Su entrenadora, al ser consciente, decidió intentar que un prestigioso CAR la aceptara, y tras un acalorado debate, pues estos centros de entrenamiento no cuentan el baile como un deporte, decidieron aceptarla y ayudarla a expresar su máximo potencial, que puedo asegurar era infinito.

Un día soleado de septiembre, Amaia llegó al CAR. Sería mentira decir que le costó adaptarse y la presión pudo con ella. De hecho, le encantaba ese *sigue, dale, más* de sus entrenadores, se sentía imparable y es que lo era.

Lo que nadie se esperaba es que la vida de Amaia diera un giro tan grande inesperadamente. Como ya he comentado antes, Amaia era una chica muy perfeccionista en todo. Bien, ella estudiaba

inglés, alemán y francés y puesto que entrenaba una media de diez horas diarias no disponía del tiempo en horas solares. Mientras estudiaba alemán en la biblioteca del CAR, siendo la luna y una pequeña lamparita su única iluminación, escuchó un estruendo, un golpe muy fuerte.

Sigilosamente se asomó y no encontró nada más que una mariposa blanca un tanto peculiar. A parte su color blanquecino puro, tenía un destello que le recordaba a la propia luna. Atraída, Amaia persiguió a la mariposa como un impulso, como si fuera obligatorio y como si la mariposa se lo estuviera ordenando. Cuando se dio cuenta, se encontraba en medio del bosque, confusa e intranquila, al no comprender el motivo de su paseo nocturno.

Un saco de patatas le envolvió la cabeza y, al despertar, se encontró en una habitación llena de espejos como los que usaba para bailar, pero el triple de grande se quedaba corto.

Siete personas enmascaradas alrededor de Amaia se hallaban expectantes a que se despertara. Conteniendo entusiasmo una le preguntó que por qué bailaba. Amaia, sin poder creer lo que estaba pasando y temblando de miedo, entendió que si quería salir de ahí con vida tenía que dar la mejor respuesta de su vida.

Bailo porque me hace sentir viva, me libra del estrés, me obliga a superarme a mí misma y realmente te podría dar miles de razones, pero, honestamente, lo hago desde el alma y no veo posible explicarlo de tal manera que se entienda su poder real.

Los siete enmascarados convencidos, tras una mirada, se quitaron la capucha con mucha gracia y elegancia pues no eran secuestradores sino la elite de las bailarinas. Eran una sociedad secreta de verdaderos talentos de la danza que tras el retiro de una de sus miembros, necesitaban llenar ese octavo hueco.

Amaia conoció la historia o mejor dicho la leyenda de las ocho bailarinas, pero no creía fielmente en su existencia. Formar parte de esa sociedad implicaría cumplir su sueño de ser la mejor pero no podría volver a su vida normal ni disfrutar de los placeres y oportunidades que la vida tenía para ella.

Entonces decidió.